

rir por medio de una compra simulada bienes que desde larga fecha pertenecían a la Iglesia. Después pagó a aquel hombre con una pieza de oro de su tahalí. Muchas otras maldades cometió hasta el fin de su vida, el cual relataremos después.

»En este mismo año llegó a Tours un judío llamado Armentario con un correligionario suyo y dos cristianos para realizar pagarés que sobre las contribuciones que se iban a recaudar le habían firmado Injurioso, que había sido lugarteniente del gobernador, y Enomio cuando era gobernador (1). Cuando reclamó el dinero de estos dos, prometieron pagarle el dinero y las creces, añadiendo: «Si quieres pasar a casa te pagaremos lo que te corresponde y te obsequiaremos además con regalos como nos toca.» Fue a casa de Injurioso, que le invitó a su mesa, y concluida la comida y acercándose la noche se retiraron (el judío y sus acompañantes) para pasar a otra población. Entonces se dice fueron degollados los dos judíos y los dos cristianos por la gente de Injurioso y arrojados a un pozo inmediato a la casa de éste. Al saberlo los parientes de las víctimas vinieron a Tours, donde ciertas gentes (así se suele expresar Gregorio cuando conoce y no quiere nombrar las personas, precaución indispensable en aquellos tiempos de venganzas personales) les pusieron sobre la pista. Encontraron el pozo y sacaron los cadáveres; Injurioso negó toda complicidad en el crimen, y se presentó mas adelante al juicio negando, como queda dicho, obstinadamente; y como no había medio de aducir pruebas de su culpabilidad, se le impuso el juramento; mas ni esto los satisfizo, y llevaron la causa ante el rey Childeberto en la primera sesión de justicia. No se encontraron ni los pagarés ni el dinero que debía tener el judío muerto, y mucha gente decía entonces que estaba también complicado en el asunto el tribuno (2) Medardo, porque también le había prestado dinero el judío. Injurioso se presentó ante el rey en la asamblea y allí aguardó (a sus acusadores) durante tres días hasta la puesta del sol, y como no se presentaron ni se presentó otra reclamación alguna en esta causa, volvió a su casa.

»En el décimo año del rey Childeberto (en el año 585) llamó el rey Gontran a sus pueblos a las armas y reunió una gran hueste. Con la mayor parte (a saber), los hombres de Orleans y de Bourges, marchó sobre Poitiers, porque los hombres de allí habían abandonado el partido del rey, faltando a la fidelidad jurada. Antes, sin embargo, de invadir el territorio (los de Orleans y de Bourges) enviaron una embajada para saber si serían recibidos (como amigos) o no; pero el obispo Maroveo recibió muy mal a los embajadores, y entonces invadieron aquellos el territorio de la ciudad, asolaron, mataron e incendiaron. Después los que regresaron cargados de botín, atravesaron el territorio de Tours y trataron allí de la misma manera a la gente (si bien ésta había prestado ya juramento de fidelidad) pegando fuego a las iglesias y robando cuanto pudieron. Esto se repitió hasta que los de Poitiers, mal de su grado, se juntaron a las fuerzas del rey. Cuando la hueste real avanzó hasta delante de la ciudad, y la mayor parte del país estaba ya devastada, enviaron mensajeros al rey Gontran prometiendo serle fieles; pero los soldados del rey luego que fueron admitidos en la ciudad se dirigieron contra el obispo acusándole de infidelidad, y éste viéndose tan acosado, hizo acuñar moneda de un cáliz de

(1) Armentario era quizás arrendatario de contribuciones, y había subarrendado a los dos sujetos la recaudación de las contribuciones del distrito de Tours.

(2) Tribuno era un empleado subalterno del gobernador, encargado de la recaudación de las rentas del fisco según Ruinart, Alteserra y Du Cange. También se llamaba *tribuno* además de *decano* la primera autoridad de las aldeas.

oro y se libró, junto con el pueblo, del peligro. También acosaron con grandísimo ímpetu a Marileifo, que había sido el médico principal en casa del rey Chilperico, y cuya casa fué terriblemente saqueada por el jefe de la fuerza armada Gararico, dejándola completamente despojada. Se tomaron sus caballos, su oro y plata, sus mejores prendas y le hicieron sirvo de la Iglesia; porque su padre había tenido la misma condición, él había sido capataz de los molinos de la iglesia, y sus hermanos, primos y demás parientes trabajaban en las cocinas y en la panadería.»

Otros casos de encubramiento de siervos a elevados puestos donde consiguieron reunir riquezas, hemos visto, sin que constase que hubiesen sido previa y formalmente declarados libres, sobre todo si tenían instrucción y aptitud; y este fué probablemente el caso de Marileifo, que fué degradado otra vez a la condición de sirvo de su dueño legítimo.

»Gundobaldo, — continúa narrando Gregorio, — se propuso pasar a Poitiers; pero se espantó al saber que se había llamado al pueblo a las armas contra él.»

El pretendiente, sabiendo que la ciudad y comarca de Poitiers, así como el obispo, no habían querido reconocer la soberanía de Gontran, pensó probablemente en apoderarse de la ciudad y establecerse allí.

»No obstante, tomó a los habitantes en las ciudades que habían pertenecido al rey Sigeberto, el juramento de fidelidad en nombre del rey Childeberto.»

Es decir, que se presentó, de veras o fingidamente, como aliado de su primo contra el rey Gontran y el hijo de Fredegunda, contando quizás con el apoyo de los grandes del reino de Childeberto.

»Pero a todos los demás, ya fuesen súbditos de Gontran o perteneciesen a los dominios de Chilperico, hizo jurar obediencia y fidelidad a sí mismo. Marchó también a Angulema, y habiendo tomado allí los juramentos y hecho regalos a los varones principales, dirigióse a Perigueux, donde castigó duramente al obispo porque no le había recibido con los honores debidos. Desde allí dirigióse a Toulouse, enviando mensajeros delante a Magnulfo (3), obispo de la ciudad, para saber cómo sería recibido; pero éste, acordándose del daño que experimentó cuando Sigulfo quiso conquistar el trono (4), dijo a los habitantes de la ciudad: «Sabemos que Gontran y su sobrino son reyes, pero de éste no sabemos de dónde es. Por eso estad preparados; si el jefe Desiderio (5) quiere traer esta desgracia sobre nuestra ciudad, que se pierda él como se perdió Sigulfo y sirva de escarmiento a todos para que ningún extraño vuelva a atreverse a deshonar el imperio de los francos.» Pero mientras se estaban preparando a resistir con las armas llegó Gundobaldo con una gran hueste, y viendo ellos que no podían medirse con él, le admitieron.

»Cuando después estuvo el obispo comiendo con Gundobaldo en la casa de la iglesia, dijo a éste: Tú pretendes ser hijo de Clotario, pero nosotros no sabemos si esto es verdad, y en nuestra convicción es imposible que consigas lo que has emprendido.» El otro contestó: «Soy hijo del rey Clotario y quiero tomar posesión de la parte que de su reino me corresponde; presto llegaré a París, y allí estableceré mi residencia.» Al oír esto, exclamó el obispo: «¿Sería, pues, verdad que ya no queda otro vástago de los reyes francos? Pues a no ser así, no sucederá lo que tú dices.» Al oír Múmol

(3) Tuvo un representante en el 2.º concilio de Macon.

(4) Este Sigulfo será el mismo que Gregorio, libro IV. 47 menciona como partidario de Sigeberto y que a la muerte de éste probablemente se pronunció, pero fué arrojado por Clodoveo de Toulouse en el año 575.

(5) Que mandaba por el rey Chilperico las fuerzas de Toulouse y era como ya sabemos favorable a Gundobaldo.

este altercado, levantó su mano contra el obispo y le dió de bofetones, diciendo: «¿No es una vergüenza que semejante menguado necio conteste así a su rey? Desiderio también al conocer la opinión del obispo y lo que había dicho puso la mano sobre él, y entrambos le dieron mojicones y patadas, le golpearon con sus venablos, le ataron y le condenaron al destierro, quitándole cuanto poseía y también lo que pertenecía a la iglesia.»

»Vado, el mayordomo de la princesa Raguntis, se agregó a los antedichos; pero los otros que le habían acompañado huyeron dispersándose en todas direcciones.

»Entretanto las fuerzas de Gontran salieron de Poitiers y marcharon en pos de Gundobaldo. Habíanse agregado a la citada hueste muchos hombres de Tours, para hacer botín, pero los de Poitiers se arrojaron sobre ellos y mataron a muchos, volviéndose la mayor parte a sus casas después de haber sido despojados de cuanto llevaban. La hueste llegó hasta el río (Dordogne), donde aguardó noticias respecto de Gundobaldo, al cual, como hemos dicho, se habían agregado Desiderio, Bladasto y Vado; pero los mas influyentes cerca de él eran el obispo Sagitario (de Gap), al cual había prometido la silla de Toulouse, y Múmol.

»En esto el rey Gontran envió a un tal Claudio este mensaje: «Si sacas a Berulfo de la basílica y le matas, o le pones preso bien encadenado, te haré rico; pero te aviso que de ningún modo faltes a la santa basílica.» El hombre, codicioso e irreflexivo, voló a París; y siendo su esposa natural del territorio de Meaux, calculó ya la manera de poder ver a la reina Fredegunda (cosa al parecer difícil, porque estaría por mujer peligrosa, muy vigilada), «porque, se decía él, si consigo verla, sacaré de ella algún regalo, pues que odia al hombre en cuya persecución me han enviado.» Llegó a su presencia y recibió desde luego grandes regalos de ella y además muchas promesas para el caso de que lograse sacar a Berulfo de la basílica y matarle o aberrojarlo, aunque le matara en el mismo atrio de la iglesia. De allí marchó el hombre a Chateaudun, donde pidió al gobernador 300 hombres armados con el pretexto de hacerles guardar las puertas de la ciudad de Tours, pero en realidad para prender y matar a Berulfo. Mientras el gobernador aprontaba esta fuerza, convocando para este servicio a los hombres necesarios, pasó Claudio adelante. Ya en el camino de Tours empezó, como era costumbre de los bárbaros, a observar presagios que a su ver se le presentaban desfavorables. También preguntó a muchos si todavía San Martín manifestaba su virtud milagrosa en los que faltaban a su palabra, y si su venganza alcanzaba al instante a los que hacían daño a aquellos que habían puesto su confianza en el santo. Sin aguardar la llegada de los hombres de Chateaudun, se dirigió a la basílica y se hizo compañero del desgraciado Berulfo, prometiéndole su apoyo y jurándole por toda la santidad y virtud milagrosa del obispo cuyos restos estaban allí presentes, que nadie le serviría con mas fidelidad ni defendería su causa ante el rey tan bien como él, porque el archi-malvado se decía: «Si no le engaña con juramentos falsos, no conseguiré mi objeto.» En efecto, Berulfo, viendo que Claudio le juró todo esto en la misma basílica y en cada uno de los sitios mas sagrados y venerandos del atrio y en los pórticos, creyó al perjurio. Un día en que nosotros estábamos en una hacienda (1) distante cosa de 30 millas (2) de la ciudad, Berulfo, Claudio y algunos vecinos de la ciudad organizaron una comida en la santa basílica (3), y esta ocasión se propuso Claudio aprove-

(1) De la iglesia.

(2) Romanas.

(3) En el edificio eclesiástico anexo

char para matar a Berulfo tan pronto como los criados les hubiesen dejado solos. Berulfo, estúpido y ligero como era, no sospechó nada. Concluida la comida, fueron a pasearse los dos por el vestíbulo de la casa de la iglesia, repitiéndose mutuamente sus juramentos de amistad y fidelidad. En el transcurso de su plática dijo Claudio: «Tengo grandísima gana de beber en tu habitación (4) un trago de vino fino aromático o muy fuerte.» A esto contestó Berulfo lleno de alegría: «Lo tengo, todo cuanto deseas lo encontrarás en mi habitación, y solo falta que el señor se digne entrar en mi humilde morada. Envié entretanto un criado tras otro por vino, el uno mas fuerte que el otro, hasta vinos *laticinos* y *gasitinos* (5). Cuando Claudio vió que los criados de Berulfo se habían marchado, levantó su mano hacia la basílica y dijo: «¡Oh santísimo Martín, haz que pronto vuelva yo a ver a mi mujer y a mis parientes!» El miserable, para acabar, se propuso matar al otro en el peristilo, pero temía el poder del santo obispo. Un criado suyo, muy robusto, cogió a Berulfo por detrás, abrazándole fuertemente y empujándole así, con el pecho libre, hacia Claudio para que le diera el golpe mortal; Claudio desenvainó la espada y cuando la blandió contra el pecho de Berulfo, éste, sin desasirse del que le tenía abrazado por detrás, sacó el puñal de su cinturón, y cuando Claudio le hundió su arma en el pecho, él le metió el puñal por el sobaco y sacándolo otra vez rápidamente, le cortó todavía de un golpe vigoroso el dedo pulgar de una mano. En esto llegaron los hombres de Claudio con espadas e infirieron varias heridas a Berulfo, que deshaciéndose de ellos trató de huir; pero los otros le arrancaron la espada y le partieron la cabeza con un golpe tan formidable que le hicieron saltar los sesos; Berulfo cayó y expiró. No había merecido, ciertamente, que le salvara aquel a quien jamás había sabido invocar con fe (6).» Claudio, asustado, corrió a la celda del abad implorando su protección cuando no había sabido ni remotamente respetar al santo patron del templo; y como se resistiera el abad, exclamó: «¡Se ha cometido un crimen monstruoso; si tú no nos ayudas, somos perdidos!» Cuando todavía seguía hablando, llegaron corriendo los criados de Berulfo con espadas y lanzas, y encontrando la puerta cerrada, rompieron los vidrios (7) de la celda y, arrojando sus lanzas por la ventana, atravesaron de un solo golpe a Claudio, que ya estaba medio muerto. Los criados de Claudio se escondieron detrás de la puerta y debajo de las camas; dos clérigos tomaron al abad en medio y con gran trabajo pudieron sacarle con vida por entre la punta de las espadas de los agresores, que penetraron por la puerta abierta. Algunos de los pobres mantenidos por la iglesia en su casa (8) quitaron el tejado de la celda, por hallarse ésta profanada ya (9); y los energúmenos (10) y la gente pobre acudieron con piedras y palos para castigar a los profanadores, porque estaban indignados de ver tales cosas, que hasta entonces no se habían visto jamás. En fin, los que se habían ocultado fueron sacados de sus escondrijos y degollados cruelmente; el suelo de la celda estaba bañado en sangre, vertida por asesinos. Los cadáveres fueron arrastrados fuera y dejados desnudos en el frío suelo, pero los

(4) Situada en uno de los edificios anexos a la iglesia.

(5) Es decir de vides italianas (quizás de Falerno) y de Siria (ó Gaza, Ascalon).

(6) El santo en cuyo asilo sagrado se hallaba.

(7) Los vidrios eran entonces una rareza.

(8) Hospicio. La iglesia mantenía pobres matriculados y pobres accidentales. *Matricularius* corrompieron los franceses en *marguillier*, obrero de la iglesia. Alcuino había sido matriculario de la basílica de San Martín como niño pobre.

(9) Para que los profanadores no pudiesen ocultarse ni hacerse fuerte dentro.

(10) *Inergumini*.

asesinos se evadieron á la noche siguiente con el botín que habían hecho. De esta manera alcanzó la mano de Dios á los que habían manchado con sangre humana el sagrado vestíbulo. ¿Cuántos y cuán grandes no habrán sido los pecados de aquel hombre, cuando el santo obispo permitió que tuviera semejante fin! Grande fué la ira del rey con este motivo, pero se tranquilizó en cuanto supo cómo había pasado todo, y distribuyó entre los que fielmente le habían servido todo cuanto había pertenecido al desgraciado, muebles é inmuebles, que había heredado de sus mayores. Los nuevos poseedores dejaron en la santa basílica á la esposa del difunto, después de despojarla también de cuanto llevaba encima. Los cadáveres de Claudio y de los demás fueron conducidos por sus parientes mas próximos á su respectivo país, donde los sepultaron.»

El precedente episodio no necesita comentario alguno; re-trata fielmente la época, y si algo merece una observación particular, es la tranquilidad con que el rey dispone que los hombres de armas que auxiliaron á su difunto servidor Claudio á desembarazarle del feroz Berulfo, reciban por recompensa los bienes de éste, sin cuidarse para nada de su viuda, que queda á cargo de la basílica que su esposo tan bestialmente había profanado, después de haberla saqueado también en otras ocasiones.

«Gundobaldo envió dos clérigos como comisarios á sus amigos: uno de ellos era el abad de Cahors, que ocultó la carta que llevaba en una tablita que le servía para escribir y que vació para meter dentro la carta, disimulando después el secreto con cera. Los guerreros del rey Gontran le cogieron, encontraron la carta y le condujeron ante el rey, que le hizo azotar cruelmente y arrojar á un calabozo.

»Gundobaldo se hallaba á la sazón en Burdeos, donde el obispo Bertran (1) le trató con muchísimo cariño. Preguntando un día Gundobaldo en aquella ciudad si había algún remedio para favorecerle en su empresa, alguien le refirió que un rey de Oriente (2) se había apoderado de un dedo pulgar del santo mártir Sergio y lo llevaba cosido al brazo derecho. Cuando se veía acosado por enemigos, no tenía mas que levantar el brazo derecho, confiando en el auxilio del santo, y al instante dispersábase la multitud enemiga por efecto del poder milagroso del santo. Enterado Gundobaldo de esto, informóse con gran ahinco si había alguien en la ciudad que hubiese sido juzgado digno de hacerse con reliquias de San Sergio, mártir, y el obispo Bertran le indicó al comerciante Eufonio, de quien era enemigo y á quien había tonsurado una vez á la fuerza porque codiciaba su hacienda (3). Eufonio no se había cuidado de la tonsura; se había trasladado á otra ciudad hasta que le había vuelto á crecer el cabello, y había vuelto después á Burdeos. El obispo dijo, pues (á Gundobaldo): «Vive aquí un sirio (4), llamado Eufonio, que ha hecho de su casa una iglesia y tiene allí reliquias de este santo, del cual ha podido experimentar ya muchísimos milagros; como una vez cuando un gran incendio redujo la

(1) Estaba emparentado con el rey Gontran por la parte de su madre y era el mismo que se decía mantenía relaciones adúlteras con la reina Fredegunda.

(2) El rey de Persia, Cosroes, contemporáneo del emperador Mauricio. San Sergio sufrió se dice el martirio junto con San Baco en el reinado de Maximiano en Rosafa, que fué llamada después Sergiopolis. — Ruinart.

(3) Sucedia á veces que los obispos hacían de esta manera clérigos para reclamar después de su muerte su fortuna como perteneciente á la Iglesia. El 5.º concilio de Paris, cap. 8 (en el año 615), prohibió este abuso. — Ruinart.

(4) El comercio en la Galia estaba principalmente en manos de los judíos y de sirios, que vivían en gran número en Marsella, Arles, Burdeos y otras plazas del Mediodía de Francia.

ciudad de Burdeos á cenizas, quedó su casa, rodeada toda de llamas, enteramente ilesa.» Dicho esto, fué Múmoló al instante con el obispo á casa del sirio, y después de cercar la casa con gente armada, le intimaron que les enseñase las reliquias sagradas. El sirio, creyendo esto un lazo (para arrancarle dinero), se resistió y dijo á Múmoló: «No apures tan cruelmente á un anciano ni insultes al santo (Sergio); tomá estas cien monedas de oro y vete;» pero el otro insistió en querer ver las reliquias. Entonces ofreció el sirio doscientas monedas de oro, pero ni con esto pudo hacer marchar al hombre, que á toda costa quiso obtener su deseo. Al fin Múmoló hizo arrimar una escalera de mano á la pared, porque las reliquias estaban guardadas en una cápsula en la parte alta de la pared en frente del altar, y mandó subir á un diácono. Este subió y cogió la cápsula, pero temblando de miedo, tanto que se temía que no llegaría vivo al suelo. A pesar de esto bajó con la cápsula. Múmoló la abrió y encontró dentro un huesecito de un dedo del santo, y sin respeto trató de partirlo poniéndole encima un cuchillo de corte y dándole un golpe con otro cuchillo. Estos golpes repetidos partieron al fin el hueso en tres pedazos, que al momento desaparecieron. Me parece que no hubo de gustar al mártir que aquel hombre hiciera tal cosa. Eufonio entonces lloró amargamente, y todos se prosternaron en tierra suplicando á Dios que se dignara enseñarles los pedacitos que habían desaparecido de su vista. Después de esta oración fueron hallados, y con uno se quedó Múmoló, que se marchó con él, pero en mi opinión no en gracia del santo, conforme se verá en lo que sigue.

»Hallándose todavía en la mencionada ciudad dispusieron que el sacerdote Faustiano fuese consagrado obispo de Dax, porque hacia poco que el obispo de esta ciudad había fallecido, y Nicecio, el gobernador y hermano del obispo Rústico, de Aire, había logrado autorización del rey Chilperico para ocupar aquella silla episcopal después de haber recibido la tonsura. Gundobaldo, sin embargo, desconociendo la disposición de Chilperico, mandó consagrar á Faustiano. El obispo Bertran, que era el metropolitano, trató de esquivar la responsabilidad para el caso de contingencias venideras y sufriendo además de la vista, mandó al obispo Paladio de Saintes que le consagrara. Asistió á esta consagración también el obispo Orestes de Bazas, pero después lo negó ante el rey.

»Gundobaldo envió otros dos embajadores (5) al rey, con varitas bendecidas, según la costumbre de los francos, á fin de que no fuesen molestados por nadie y pudiesen regresar con la contestación después de haber evacuado su misión (6). Estos cometieron la imprudencia de comunicar á muchos, antes que llegaran á la presencia del rey, la misión que llevaban y lo que estaban encargados de pedir, y al instante fué llevada la noticia al rey, que les hizo poner cadenas y conducir así á su presencia, donde confesaron su objeto y quién les había enviado, sin atreverse á negarlo y dijeron: «Gundobaldo, recién llegado del Oriente, dice que es hijo de vuestro padre Clotario, y nos ha enviado para reclamar la parte del imperio que de derecho le corresponde; y para deciros que si no se le concedeis, vendrá con su hueste á estas comarcas, pues se han aliado con él todos los hombres mas valientes de las comarcas de la Galia situadas al otro lado del Dordogne. Así dice: «Cuando nos hallemos frente á frente en un mismo campo, juzgará Dios si soy ó no hijo de Clotario.» Entonces púsose furioso el rey; mandó tender

(5) Llamados Zotan y Zahulfo, según una sola copia manuscrita de la obra de Gregorio.

(6) Estas varitas eran la señal de ser embajadores de un rey ó cacique los que las llevaban y de consiguiente inviolables.

á los embajadores en el banco del tormento y azotarlos terriblemente para que manifestaran mas claramente la verdad de lo que habían dicho, ó sus intenciones, ocultas si las tuviesen. Cuando sus padecimientos se fueron haciendo mayores, dijeron que su sobrina (1) hija del rey Chilperico había sido proscrita, juntamente con el obispo Magnulfo de Toulouse; que Gundobaldo se había llevado sus tesoros, y que había sido solicitado por los varones principales del rey Childeberto para que fuera su rey, habiendo pasado Gontran Boso algunos años atrás á Constantinopla para invitarle á volver á la Galia.

»Cuando después de ser azotados fueron encerrados en el calabozo, el rey mandó llamar á su sobrino Childeberto, á fin de que ambos juntos oyeran las declaraciones de aquellos hombres, los cuales repitieron en presencia de ambos lo que antes el rey Gontran había oído solo, confirmando que todos los hombres principales del reino de Childeberto estaban iniciados en la empresa, por cuya razón algunos de ellos temían presentarse en la corte de justicia. Oído esto, el rey Gontran puso su lanza en la mano del rey Childeberto, y dijo: «Esta es la señal de que ahora te entrego todo mi reino; ponte, pues, en campaña y somete todas mis ciudades como si fueran tuyas; pues que por nuestros pecados, de toda mi familia solo has quedado tú, que eres el hijo de mi hermano, tú de consiguiente y nadie mas me sucederás como heredero en todo mi imperio, y todos los demás quedan desheredados.» Entonces despidió á todos (2) y se quedó con el joven (3), al cual habló á solas y en secreto, después de encargarle vivamente que no comunicara á nadie lo que le iba á decir. Descubrióse quiénes eran los hombres que Childeberto tenía en su consejo; le señaló las personas que eran indignas de su trato y las que merecían su confianza, á las que podía distinguir con regalos, y las que debía evitar y exonerar de sus cargos; especialmente le indicó al obispo Egidio, de Reims, que había sido enemigo constante suyo (de Gontran), como persona de la cual de ningún modo debía fiarse ni tenerle cerca de sí, porque había faltado repetidas veces á la fidelidad que había jurado á él y al padre de Childeberto. Cuando después volvieron á estar reunidos todos en el festín (4), dijo el rey Gontran á todos los hombres de armas: «¡Mirad qué hombre se ha hecho mi hijo Childeberto! ¡Mirad, y no veais en él de aquí en adelante un niño; dejad vuestras perversidades y presunciones, porque él es el rey al cual en adelante habeis de servir!» Esto y otras cosas dijo; tres días comieron, bebieron y festejaron; después se hicieron muchos regalos (5) y se separaron en buena paz. En aquella reunión restituyó el rey Gontran á su sobrino todo cuanto había pertenecido á su padre Sigeberto y le conjuró que no fuese á ver á su madre, á fin de que no tuviera ocasión de escribir á Gundobaldo ni de recibir cartas de él.»

Gontran sospechaba que Gundobaldo había vuelto á la Galia con el secreto apoyo de Brunequilda y que ésta tenía el proyecto de casarse con él. Temía que si su hijo fuese á verla, iría, naturalmente, acompañado de algunos grandes, traidores y descontentos, por medio de los cuales la reina podía ponerse en relaciones con Gundobaldo. Por lo demás, sabía Gontran perfectamente que ni su sobrino Childeberto ni probablemente tampoco su madre, Brunequilda, habían

(1) Riguntis.

(2) Los francos libres, que como tales asistían á la corte de justicia.

(3) Childeberto había cumplido entonces 14 años y probablemente era de mayor edad, según costumbre de los reyes francos.

(4) El festín que coronaba desde antiguo estas reuniones de los hombres libres de la tribu, como en todos los pueblos germánicos.

(5) Generalmente piezas de vestir ó armas, según refieren todas las leyendas antiguas y después las crónicas.

sido jamás enemigos suyos, sino únicamente los turbulentos y rapaces caudillos y guerreros de su reino, á cuya cabeza estaban el obispo Egidio, Gontran Boso y los amigos de éstos. Tampoco había olvidado aquella embajada insolente á la cual despidió de la manera que sabemos, y que había ido á verle enviada solo en apariencia por su sobrino, y en realidad por sus caudillos, deseosos de expediciones de pillaje; los cuales, no pudiendo conseguir sus deseos, habían llamado al pretendiente Gundobaldo para con este motivo, poniéndose de su parte, caer sobre Gontran, Chilperico ó sus herederos y sobre su propio rey Childeberto. Todo esto explicó probablemente Gontran á su sobrino en la conversación secreta, esperando que éste se uniría en adelante decididamente á su tío. Lo singular es que en toda esta asamblea Gontran no se acuerda ni remotamente de su otro sobrino Clotario II, el niño hijo de Fredegunda, como si no fuese también heredero legítimo del reino merovingio, á pesar de haberle prometido poco hacia su protección.

»Cuando Gundobaldo supo que un ejército (el de Gontran) acudía á su encuentro, pasó el Garona con el obispo Sagitario, los jefes Múmoló y Bladasto y con Vado (el jefe Desiderio le había abandonado ya), y se dirigió hácia Comminges, que se halla situada en lo alto de una montaña aislada (6) á cuyo pié brota un manantial abundante, dominado por una torre muy fuerte. Una galería subterránea permitía á los habitantes proveerse allí de agua sin ser vistos. Gundobaldo entró en esta ciudad al principio de la cuaresma, y dijo á los habitantes: «Sabed que todos los (guerreros francos) que viven en el reino de Childeberto me han elegido rey, y que vengo con fuerzas numerosas; pero habiendo reunido mi hermano Gontran contra mí una gran hueste, conviene que entreis en la ciudad todos los víveres y aperos á fin de que no perezcais por falta de víveres hasta que Dios venga á nuestro auxilio.» Los habitantes creyeronlo así, entraron cuanto pudieron en la ciudad y se prepararon á resistir al enemigo.

»El rey Gontran envió á Gundobaldo una carta en nombre de la reina Brunequilda, en la cual le decía que despidiera su ejército, que ordenara á la gente que se retirase de allí y que él pasara á Burdeos. Esta carta la había escrito Gontran astutamente para saber así los propósitos de Gundobaldo. Éste dijo á los habitantes de la ciudad: «Mirad, ya se acerca el ejército, salid á su encuentro para disputarle el paso.» Cuando hubieron salido cerró Gundobaldo con los suyos las puertas de la ciudad y la ocuparon con todo lo que había dentro, quedando los habitantes con su obispo (7) fuera. Los cereales y el vino que encontraron eran tan abundantes que, á haberse defendido como valientes, habrían podido resistir años sin faltarles víveres.

»Entretanto, los caudillos del rey Gontran supieron que Gundobaldo se había hecho fuerte con una hueste numerosa en la otra orilla del Garona y que tenía consigo los tesoros que se había llevado Riguntis. Entonces resolvieron atacarle: atravesaron en sus caballos el Garona, ahogándose muchos, y los demás siguieron en la otra orilla la pista de Gundobaldo, y pronto encontraron camellos con una carga inmensa de oro y plata y caballos extenuados que aquel había abandonado. Al saber que se había encerrado en la ciudad de Comminges, dejaron sus carretas y toda la impedimenta con la gente menos resistente, mientras los mas esforzados

(6) Los de Gontran destruyeron poco después, en 585, esta ciudad, que quedó abandonada hasta el año 1085, en que la reedificó el obispo San Bertran, el cual construyó allí un convento y llamó canónigos de la regla de San Agustín. Desde entonces se ha llamado la ciudad Saint Bertran de Comminges.

(7) Era Rufino, que en aquel año fué uno de los firmantes del 2.º concilio de Macon.